

CORTIJEROS (1930-1960)

Pepe Gil Cardenete

En 1930, la **población** del término municipal de Cabra rondaba los 6500 habitantes. Con la guerra civil (1936-1939) y la consiguiente posguerra se desaceleró el crecimiento alcanzando en 1955 su techo histórico con 7000 almas, de las que un tercio vivían en los cortijos, cuyo número era incomparable con el actual. Larva perteneció a Cabra hasta 1931.

En 1931 comenzaron las **colectivizaciones** de las tierras, aceleradas con la guerra civil. Al final las paralizó el propio gobierno republicano, por lo que su repercusión en la provincia de Jaén no fue muy significativa. Este proceso resultó tremendamente complicado por la poca colaboración de los propietarios en la cesión de terrenos ante la demanda generalizada de los jornaleros, lo que derivó en una lucha de intereses personales, envidias, etc. Los cortijeros, por su aislamiento, estaban menos sensibilizados con las cuestiones políticas que los trabajadores urbanos, los jornaleros de ciudades como Baeza y Jódar, o incluso que los de Cabra.

Antes de la guerra civil se produjeron muchas **huelgas** que afectaron al campo, donde se desplegaron guardias civiles para sofocar la conflictividad reinante. Cabra fue más socialista que anarquista o comunista. Asimismo empezaron las cartillas de racionamiento, mantenidas hasta 1950. Los cortijeros escapaban de este control autoabasteciéndose incluso en los peores años de la hambruna (1944-45-46). En los años 40 los termómetros registraron las mínimas de todo el siglo (1945) lo que provocó cosechas desastrosas. Igualmente esquivaban el control fiscal, policial, etc.

En la posguerra los salarios los decidía unilateralmente el sindicato vertical; nadie protestaba, lógicamente.

Los **maquis** suponían para los cortijeros un quebradero de cabeza, salvo excepciones. En el sur, sobrevivían más que luchaban, por lo que robaban comida, amenazaban e intimidaban a los campesinos. La “colaboración” significaba lidiar con los guardias civiles; penas de ocho años de cárcel mínimo hacían que la gente se lo pensase. Famosos en nuestras tierras fueron los “Chaparros”.

Aquellos que me moldearon con manos encallecidas y renegridas por el contacto con la áspera tierra, jamás imaginaron que el fruto de sus sueños sería pasto del olvido. Echaron raíces satisfechos con su obra, pero sus descendientes, con la ilusión como único equipaje emprendieron “el gran viaje” -desprovistos de un billete de vuelta- en busca de mejores oportunidades en destinos más generosos.

En la espartana **construcción** de los cortijos resultaron básicos materiales y recursos naturales autóctonos, próximos a las futuras edificaciones. Al no existir una red de transportes medianamente desarrollada se utilizaban caballerías, o en el mejor de los casos, carros bastante rudimentarios que minimizaban la dureza del traslado hasta el tajo. La calidad de los materiales, el saber hacer de sus constructores y algunas reparaciones posteriores han posibilitado una conservación más o menos aceptable hasta hoy en día de algunos de ellos. Otros han sido abandonados a su suerte.



Cortijo del Buitre.

Las paredes se fraguaban mezclando tierra con paja o adobe en forma de ladrillos, con piedras y yeso procedente de yesares, muy abundantes en la zona, y cocido posteriormente en hornos alimentados con leña.

El pavimento de los suelos consistía en losetas rojas de cerámica, también podían ser de yeso, piedra o terrosos, si se disponía de pocos medios. Los techos y entresuelos se soportaban con vigas de madera procedente de talas de pinos. Las puertas y ventanas eran de madera; las ventanas inferiores solían estar protegidas por rejas de hierro. Sólo los más potentados disponían de balcones.

Podían existir diversas **distribuciones** en función de cada cortijo. Tras la entrada principal se ubicaba la sala central con chimenea que hacía las veces de cocina. Incluso aprovechaban el calor de la lumbre para dormir en “cabeceras”, colchones estrechos de 80-90 cm de ancho, fabricados con lana o “farfolla” –hojas de mazorca secas- que se apoyaban sobre esteras de pleita o “quineja”, de esparto.

La plata baja constaba de dos a cuatro habitaciones en los cortijos grandes, usadas como dormitorios con camas de madera o “catres” y somieres de cuerda. En los más modestos había menos dependencias.

En la planta superior existían más dormitorios y habitualmente uno o dos trojes, dependiendo de la labor. Allí se almacenaban cereales como trigo, cebada, centeno, lentejas, garbanzos, guijas, yeros...También se guardaba en ellos el aceite de oliva en depósitos, los productos de la matanza en orzas o puestos a orear junto con los pimientos secos.

Desamparado, sin que nada me proteja me transformo poco a poco, muy a mi pesar, en anfitrión del silencio, sólo alterado a veces por los trinos melódicos de los pájaros en sus visitas presurosas. Demasiado tarde para volver a escuchar las risas y los llantos de los niños, para absorber la mezclanza de olores de hombres y animales al volver sudorosos de las labores del campo, para refrescaros bajo las plácidas sombras veraniegas de mis patios emparrados, para respirar el succulento olorcillo de las ollas al calor de la lumbre. Demasiado tarde para renacer y demasiado pronto para sucumbir bajo los embates ululantes del solano.

Casi todos disponían de una **era**, de entre tres y cinco suelos, en los que se realizaban las faenas relacionadas con la siega: la trilla, con trillos arrastrados por un par de mulos o burros. Estaban formados por tres o cuatro cilindros metálicos sobre los que se apoyaba una silla de madera sin respaldo, con enredo de ramal de esparto. El trillo y las bestias se unían mediante tiros. En las eras se separaba la paja del grano con bieldo u horca y palas para ablentar.

En la parte trasera del cortijo estaba el corral, uno o varios, que podían ser independientes y con entrada propia; a algunos se accedía por la puerta principal, con el consiguiente trasiego de caballerías por los suelos empedrados.



Cortijo El Jaral.

A veces, junto al corral se adosaba una pequeña vivienda que utilizaba el **pastor** y su familia. Incorporaban también cuadras, zahúrdas para los cerdos y gallineros. En algunas ocasiones se utilizaban las cuadras como dormitorios en pleno invierno aprovechando el

calor de las bestias; los cortijeros se tumbaban en los poyos de la parte posterior, a una altura que permitía evitar las coces. El olor a estiércol era insoportable, pero el intenso frío justificaba estas incomodidades.

La cabaña ganadera la componían rebaños de ovejas y cabras que cuidaban los pastores, dedicados exclusivamente a esa labor. Cerdos, gallinas y pavos criados al “careo”, pasaban el día sueltos alrededor del cortijo y las palomas en palomares construidos al efecto.

Yo al menos, sirvo como cobijo a los rebaños que buscan ansiosos la tibieza de mis paredes en las implacables noches invernales. En el estío los resguardo del sol de justicia que abrasa estos pagos. Cuna de nerviosos cuerpecillos esponjosos, asisto a la algarabía desatada en las tardes primaverales tras el reencuentro familiar. Ya satisfechos y arropados por un impresionante manto azul sin mácula, concilian el sueño contando estrellas, con la esperanza de tiempos mejores para una tradición injustamente abandonada a su suerte.



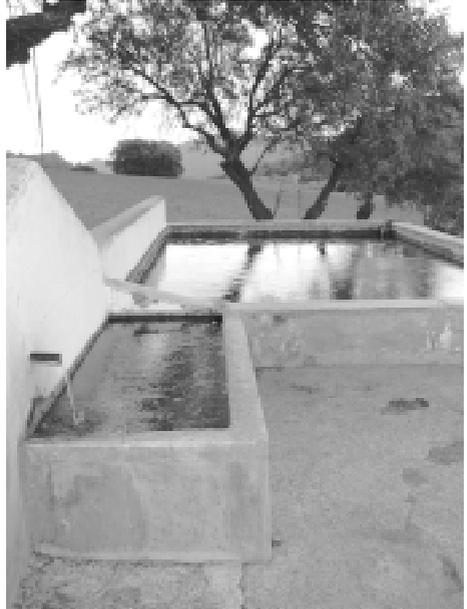
Alberca del cortijo de Cújar

El **abastecimiento de agua** era resuelto por algunos con pilares, fuentes o albercas propias, alimentadas por manantiales cercanos –*El Cortijo del Buitre o Genil*-. Otros no disponían de agua en las proximidades, por lo que la extraían de pozos o barrancos y posteriormente se trasladaba al cortijo –*Los Romerales*-.

La **gastronomía**, por ende, estaba estrechamente relacionada con lo que criaban en los corrales y en los huertos. La carne, aunque abundante, sólo la consumían en días de fiesta, el típico pavo en Nochebuena (en los años 1935-36 un ejemplar de 12 kilos costaba un duro en plata, equivalente a 5 pesetas; un choto 25 pesetas). El consumo de pescado, era prácticamente anecdótico, salvo si acudían a Cabra a comprarlo. El menú variaba mucho si el cortijo era en propiedad o si se trabajaba en calidad de asalariado. En este caso comían migas por la mañana, potaje al mediodía y cocido por la noche, 365 días al año. Por el contrario, en

los propios se consumían más verduras y hortalizas: pimientos y tomates –frescos, secos o envasados en conserva- , pepinos, berenjenas, cebollas, habas, patatas, alcachofas...y frutas como melocotones, peras, manzanas, uvas, higos...dependiendo de la estación del año.

Los excedentes de huevos, conejos o pollos se intercambiaban con los recoveros por ropa, telas, menaje del hogar, toallas, ropa interior, o bien, se los compraban directamente. Las mujeres confeccionaban pantalones, chaquetas, camisas, sábanas, vestidos femeninos. Se usaba mucho la pana para la ropa del campo. También se fabricaba artesanalmente el jabón con aceite usado mezclado con sosa y “pez rubia”, para que hiciese espuma.



Fuente del cortijo El Jaral

Semidesnudo, aunque orgulloso, resisto sabiendo que la batalla que libro contra el paso inexorable del tiempo está perdida de antemano. En manos de los avatares de la atmósfera, vacío de contenido, soy devorado implacablemente por la naturaleza que antaño me acogió, entregándome ahora a ella en una simbiosis perfecta, dando por concluido mi ciclo vital.



Cortijada de Cújar

El **trabajo agrícola** estaba organizado según las tareas del campo, la estación del año, la extensión de las propiedades, la titularidad del cortijo, etc. Había encargados generales, responsables de organizarlo todo; “aperaores”, especie de capataz, además de muleros y pastores. En determinadas épocas del año se contrataban eventuales para arar, rastrear barbechos, barcinar (traslado de las gavillas de cereal a la era). En los años 30, el salario de un jornalero era de tres pesetas diarias; un técnico, ingeniero u oficial de la guardia civil cobraba diez. En la guerra civil asciende a cuatro pesetas, bajando posteriormente en los años 40. En 1950 el jornal de un segador ascendía a 10-12 pesetas. Por descontado, en los cortijos propios el propietario y su familia se encargaban de realizar autónomamente todos los trabajos. El trabajo del campo recaía normalmente sobre los hombres, aunque compartían con las mujeres algunas relacionadas con la recolección. El pastoreo sólo lo ejercían los hombres y los niños. Las mujeres se dedicaban por completo a las tareas del hogar, cocinar, planchar, coser, lavar...

También había lugar para la **diversión**, coincidiendo con las fiestas mayores, “*Tres días hay en el año / que brillan más que el sol / Viernes Santo, Corpus Christi / y el día de la Ascensión*”. San Miguel (el 29 de septiembre) San Juan (el 24 de junio), Santiago (el 25 de julio), la Fiesta 14 (14 de septiembre), Navidades, Semana Santa; las luminarias en San Sebastián (el 20 de enero) y San Antón (17 de enero). A pesar de la escasez estrenaban traje, si podían. Para los bailes contrataban un “toacor” que amenizaba con el acordeón o la guitarra toda la noche. Aprovechaban la ocasión para tocar serenatas a las novias en la “madrugá”. También actuaba la banda municipal.

Normalmente en las fiestas y bailes las novias estaban acompañadas por sus madres o hermanos -era fundamental salvaguardar la honra entonces-. Al terminar el jolgorio volían al cortijo andando, a lomos de las bestias o con suerte, en alguna bicicleta.

Los días más animados del año eran los de las fiestas de San Miguel. En la calle de la Palma se instalaban los turroneros que vendían calabazote, dulces, almendras garrapiñadas y turrones por supuesto. Instalaban dos churrerías, una en la plazoleta de las monjas y otra en la puerta del bar del “Arcayata”. El carrusel y las “cunicas” los colocaban al lado de la casa del cura y enfrente de la iglesia. Se celebraban carreras de cintas que bordaban las chicas y cucañas cerca del parque, donde está ahora la gasolinera; no había entonces nada construido al otro lado del barranco. Al Santísimo Cristo de Burgos lo recibían dos cofradías en el Moralejo.

Otro espacio para el ocio era el Cine Paz de la calle Moya, exhibía películas que habían pasado convenientemente por la censura de la época, en dos sesiones, la de las ocho y la de las diez.

Los niños nacían con al ayuda de comadronas, oficiales u ocasionales. Eran bautizados en la iglesia y la celebración posterior consistía en una copa de aguardiente, un rosco de vino y poco más. Las comuniones, algo más espléndidas se celebraban en familia, igual que las bodas. En este caso se sacrificaba un borrego para la ocasión, acompañado de jamón y abundante vino, el festejo era en casa y solía durar tres días. A veces contaban con una cocinera y dos ayudantes, un músico que tocaba el acordeón, la flauta, la guitarra o la bandurria para los novios y sus familiares.

A otros, más afortunados, nos han lavado la cara para lucir más radiantes, aunque con el nuevo maquillaje hemos perdido parte de nuestra belleza original, Cumplimos, instalados en el progreso, funciones diversas: unos somos depósitos de "extraños" mastodontes mecánicos que causaron con su irrupción en el espacio rural una desbandada general, al no poder competir con ellos los braceros. Otros somos vivienda vacacional, tenemos comodidades con las que nunca soñamos...

El **ajuar** constaba de un dormitorio con pocos muebles, sillas, mesa de cocina, platos, ollas, sartenes y demás enseres del hogar. Regalar dinero no era costumbre en esta tradición.

Las **personas que fallecían** eran trasladadas en caballerías hasta el pueblo; se oficiaba el entierro en la iglesia y posteriormente recibía sepultura en el cementerio, en la tierra, no había nichos entonces. La esperanza de vida era de 50 años en 1920. Treinta años después era de 55 años.

Los cortijos recibían visitas esporádicas de **recoveros** con los que intercambiaban mercancías, hojalateros encargados de arreglar ollas con estaño, lañadores que reparaban cazuelas de barro y lebrillos de matanza con "lañas" metálicas, afiladores de cuchillos, navajas, tijeras, hachas... Su papel era muy importante en la comunicación de noticias frescas.

Los caminos que comunicaban Cabra con el exterior eran diferentes a los actuales. A *Huelma, Solera y Jaén* se iba por las *Nogueras* y el *cortijo del Buitre*. Hacia el norte y *Úbeda*, por las *Ramblas*, bajando por *Llano Quesá* y desde allí se iba hacia *el Nicho* o el puente del *Royo*. A *Granada* y la *Estación*, por el *Molino Barranco*.

En el pueblo había **escuela**, pero la población infantil de los cortijos no solía asistir. Algunos maestros particulares y ambulantes cobraban por enseñarles las "cuatro reglas" que consistían en leer, escribir y manejar las operaciones aritméticas básicas, sobre todo en la época republicana. Si estaban próximos a la estación del ferrocarril sí que acudían allí a recibir clases, pertrechados de pluma, tintero, libretas y pizarra propia.

El **médico** residía en el pueblo y se recurría a él en casos graves, "*el cólico miserere*" era uno de ellos, debía trasladarse hasta los cortijos en caballerías y cobraba por sus servicios. Los enfermos graves eran trasladados a Granada en tren. La mortalidad infantil era del 100 por 1000 (hoy en día es del 8 por mil), debido a una alimentación deficitaria, por la poca higiene y las plagas de piojos y pulgas. Los baños de cuerpo entero sólo se hacían en las albercas durante el verano, mientras que a los niños los bañaban en un barreño con agua calentada al sol.

No disponían de **gas, electricidad ni agua potable**, se cocinaba con leña y se planchaba la ropa con robustas planchas de carbón o ascuas de la lumbre. Se iluminaban con candiles de aceite, quinqués de petróleo, velas y con el carburero conocido entonces como "carburo", curioso artilugio que producía la luz al dejar caer gota a gota el agua sobre el carburo de calcio, produciendo gas -acetileno- que ardía originando una luminosidad intensa. La luz eléctrica llegó a Cabra en 1955.

Desde temprana edad, los niños ayudaban en diversos trabajos, siempre había algo que hacer. En su ratos de juegos disfrutaban con pelotas, aros de hierro para llevar con

manivela, comba, “mecedores” o columpios entre los árboles, y juegos como la pídola, rayuela, escondite, gallinita ciega...En invierno hacían muñecos de nieve mientras se arrojaban bolas entre sí. Algunas cosas nunca cambiarán.

Se aprovechaban recursos como la **caza**, muy abundante, aunque disponían de pocas escopetas. Los furtivos cazaban con hurones y vendían lo que cazaban.

Otra actividad ilícita era la **recogida de esparto** fuera de las explotaciones privadas, utilizado para hacer “ramal”. Una vez arrancado en agosto y septiembre, se vendía por quintales (una medida equivalente a 46 kilos ó 4 arrobas). Posteriormente se llenaba la alberca de “arrobetas” (aproximadamente 8 manojos de esparto), se cubrían de agua y se dejaban dentro durante un mes; al sacarlas se extendían para secarlas y finalmente lo pasaban por la machacadora donde le daban diversas utilidades.

La tala de **pinos** era otro trabajo muy corriente, los troncos se utilizaban para fabricar muebles, vigas para la construcción de casas...

Faltamos los más innovadores, transformados en hoteles, balnearios, granjas-escuela, casas rurales. Nos visitan huyendo del mundanal ruido, buscando entre nuestros muros algo equiparable a la “paz interior”. ¡Cuan diferente era la paz de aquellos cortijos comparada con la que ofrecemos ahora!. ¿No será aquella de la que realmente queremos empaparnos?.

Sirva este artículo como homenaje a todas aquellas gentes que sufrieron en sus carnes la extrema dureza de estas tierras. Ellos son los auténticos forjadores del carácter maginense, basado en la constancia, capacidad de sacrificio y determinación en la lucha contra las adversidades. Son las señas de identidad que nos han legado y de los que nos sentimos especialmente orgullosos.